
Fábula y un poco de viento

JUAN MALPARTIDA

✧

I

Salí temprano en la mañana.
Los pájaros ya coronaban
la débil luz del día.
En el centro de la plaza,
gavilla de exclamaciones, la palmera:
cometa plantado en un poco de tierra
y habitado por bandadas de gorriones.
El mar estaba quieto
bajo el vértigo de las olas.
No iba ni venía:

no iba ni venía.

Sobre la arena, la fábula del viento
resucitaba imágenes, las enterraba.
Inconsistencia de lo insistente,
el mundo apoyado sobre un paso
que en otro paso pasa.
Todos son el mismo. Estoy aquí
y aquí es ninguna parte.

II

De niño hacía el mismo camino
y hablaba solo sin saberlo,
hablaba como el pájaro canta,
un solo universo, el globo azul
que se perdía en el aire
y el cielo picado de pájaros:
todo prendido de la red invisible
de la mirada.

Ahora hablo mientras escribo
para pasar el tiempo y que me pase
¿a dónde?

El camino del niño
no es el que ahora ando:
el pájaro un día rasgó la cúpula,
dividió la piedra en átomos:
miríadas de palabras agitadas
en el vientre cenagoso de la noche.

Aquel camino pasaba por mi infancia,
pero todo esto es, finalmente,
inasible.

Lo que digo es un poco de brisa
que se detiene y avanza
(¿cómo se llama la brisa
cuando está detenida?) entre el tiempo
vacío de las olas
y el abismo despierto de mi sangre.

III

Años entre cascotes de memoria,
habitaciones arrasadas por la lluvia
y el lento desplazamiento de la tarde
a la deriva de sí.

Otro tiempo
se abría en la sombra de las hojas:
túmulo de semillas
visitado en las horas de clase,
cuando las ausencias, como el espíritu,
descendía para salvarme
de las vastas genealogías
que en vaporosas espirales
se disipaban.

Entre los destellos de epifanías
—verbi gratia: la aparición de un escarabajo
en la arena blanca del patio—
libros que había que levantar
como las pesas de la halterofilia
—arteras biblias.

Recuerdo esto al cabo de los años
mientras voy por el mismo camino
de zarzas y eucaliptos.

De pronto, el sol
barre las sombras hasta el mar,
entre los cañaverales y el viento
la mañana se tensa.

Apenas si ya recuerdo quién fui,
pero surge de nuevo
el negro e inmortal escarabajo.
Mis pupilas se dilatan: ¿quién soy yo?
¿Quién era? El escarabajo se sumerge,
como la cruz de ceniza sobre mi frente:
la arena y sus fábulas,
la memoria y el viento.

IV

Pero en el fondo sin fondo del tiempo
no hay punto de partida ni final,
ni se sale ni se entra de la casa:
no se puede deshacer un nudo de agua.
No es ese el tiempo de todos los días,
pero en cada día hay ese instante,
el gran refutador de conjeturas,
el tiempo que es nuestra propia carne
y en sí mismo reposa y se deshace,
la mirada quieta en su movimiento
como un gran puente, el que no se ve,
el sendero de todos los días
y la montaña inmensa, árbol de sangre
latiendo mientras voy camino, no de mi casa
ni de la caracola que ayer enterré
en la duna primera de mi memoria,
ni a la búsqueda del que fui ni del que seré:
el camino, como la voz que a medias digo,
es una nube y es el viento que le habla.
No va ni viene el cántaro a la fuente:
el mundo se ha detenido en este paso.
Una a una las olas son ninguna,
pero vuelve la espuma erizada del tiempo
y dicen sí las negaciones. ✎